

Capítulo 1

Litoral de Francia, 1765

Julian se introdujo la capa de lana por la cabeza, salió a hurtadillas de detrás del conjunto de árboles que bordeaban la desolada franja de playa y se unió al grupo de campesinos desarrapados que estaban sacando de la boca de una gruta barriles de brandy y arcones de encaje francés. Bajo aquel cielo sin luna, la oscuridad y la niebla se tragaban la playa y el mar que quedaba más allá, mientras campesinos y contrabandistas se esforzaban con diligencia en apilar su contrabando en la orilla.

Julian se había acurrucado fuera de su vista bajo el frío de las horas anteriores al amanecer, a la espera de que el barco anclado justo después de las olas enviara sus botes para recoger el contrabando. Con la identidad oculta bajo una barba, Julian se había unido al grupo de campesinos a los que habían prometido una excelente paga por una noche de trabajo. Más de lo que podrían ganar en un año.

—Esa es la señal para los barcos —dijo un hombre al lado de Julian en un francés rural que él entendió a la perfección—. Nos pagarán bien por el trabajo de esta noche.

Julian se limitó a gruñir.

Un hombre cuya capa ondeaba al viento alrededor de su alta figura, apareció de pronto en la playa envuelta en un sudario de niebla. Levantó el brazo y movió un farol encendido hacia delante y hacia atrás. En la proa del barco apareció una luz en respuesta. Julian supo que era la señal que estaba esperando y se puso tenso. Cuando llegó el primer bote, el hombre de la capa se subió el cuello de la prenda para que nadie pudiera reconocer su rostro. Julian intuyó que aquel era el hombre al que llamaban El Chacal, el contrabandista que el gobierno llevaba años intentando atrapar. El hombre responsable de la muerte de la prometida de Julian.

Se le erizó el vello de la nuca. Deseaba tanto dar caza a aquel hombre que el mero hecho de pensarlo le provocaba un sudor frío. No

descansaría hasta ver a El Chacal colgado del extremo de una soga. Y ahora que estaba a punto de identificarlo, sintió una punzada de expectación. Julian Thornton, conde de Mansfield, tenía sus sospechas, pero ninguna prueba sólida que pudiera llevar ante William Randall y los miembros del gobierno. De una cosa sí estaba seguro: El Chacal era alguien importante, porque siempre tenía información privilegiada, como si supiera con antelación cuándo y dónde aparecerían los agentes de Randall.

Con el cuerpo en tensión y la cabeza gacha, Julian arrastró un barril por la arena de la playa hacia el bote que estaba esperando. En cuanto supo cuándo se iba a enviar el cargamento y dónde se iba a depositar, le envió la información a Randall a través de un emisario veloz. Esta vez iban a pillar por sorpresa a los contrabandistas. Los agentes estarían esperando su llegada en una franja de tierra desierta en la costa de Cornwall. Julian no tenía dudas sobre su información, porque la había conseguido directamente de uno de los marineros que viajaba a bordo del barco que cargaría el contrabando. El dinero siempre funcionaba.

La figura envuelta en la ondeante capa observaba con atención cómo el contrabando se cargaba en los botes. Julian pasó por delante de su intenso escrutinio con la cabeza agachada y la mirada esquiva. Deseaba con toda su alma identificar a El Chacal, pero no alzó la vista por temor a ser reconocido. Sin embargo, Julian sabía que tendría su oportunidad cuando detuvieran a los contrabandistas.

Cuando los botes estuvieron cargados, se atrevió a mirar de reojo y vio a El Chacal conversando con uno de los contrabandistas.

El contrabandista señaló a Julian con el dedo y se acercó a él.

—¡Eh, tú! Ven aquí.

Julian fingió que no le había oído mientras esperaba en la playa con los campesinos a que les pagaran por la noche de trabajo.

—¡Tú! ¡Te he dicho que vengas!

Julian se quedó paralizado. Presentía el peligro y trató de conjurarlo fingiendo ser un campesino más.

—¿Yo, *monsieur*? —preguntó con el cerrado acento rural que había escuchado hablar en el pueblo.

—Sí, sí —insistió el contrabandista en un francés rudimentario y apenas comprensible—. ¿Hablas inglés?

—Ah, no *monsieur*. No soy más que un pobre granjero que necesita dinero para dar de comer a su familia. Sólo hablo el dialecto del campo.

—Franchute estúpido —murmuró el contrabandista en inglés—. Sube a bordo del bote.

Julian comenzó a sudar bajo el grueso jersey y la bufanda tejida.

—Tengo que volver a mi casa —replicó—. Mi esposa me está esperando.

—El Chacal quiere que subas a bordo —dijo el contrabandista.

—¿El Chacal?

El contrabandista señaló a la figura de capa que se alejaba de ellos a grandes zancadas.

—Sí, El Chacal. Así es como le llamamos.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Julian, que empezaba a sentirse como un conejo atrapado. ¿Lo habría reconocido El Chacal?

El contrabandista sonrió, dejando al descubierto una hilera de dientes podridos.

—Cree que eres un agente del gobierno —se encogió de hombros—. Más te vale rezar para que no sea así.

—Estáis equivocado, *monsieur*, no soy un espía —aseguró Julian con tono servil—. ¿Puedo irme ya a casa con mi mujer?

—Sube al bote —le ordenó el marinero colocándole una pistola en la espalda.

—¿Por qué no se enfrenta el propio Chacal a mí si cree que soy un espía? —le retó Julian.

—Nadie cuestiona a El Chacal —respondió el marinero—. Nadie ha visto su rostro, excepto unos pocos privilegiados, y tú no eres uno de ellos. Enviará a uno de sus hombres para que te interroge.

Julian sintió los fríos dedos de la muerte acariciándole el rostro. Había tenido mucho cuidado en cubrir sus huellas. Era absolutamente meticuloso respecto a su identidad secreta. Ni siquiera su hermano Sinjun conocía la naturaleza concreta de su trabajo, ni el nombre por el que se le conocía.

Lo llamaban El Escorpión. El único que conocía su identidad era William Randall. Su trabajo para el gobierno lo había llevado al continente, a Italia, y a varios destinos a lo largo y ancho de las Islas Británicas cuando se requerían sus servicios.

Estaba convencido de que en esta ocasión iba a triunfar. Había estado muy cerca. ¿Qué había salido mal? ¿Quién había atravesado su red de secretismo, tan cuidadosamente elaborada? ¿Quién quería verlo muerto?

Julian maldijo su mala suerte cuando el contrabandista lo cacheó y encontró su pistola.

—Esto me lo llevo —dijo el contrabandista guardándose el arma en el cinturón. Luego empujó a Julian hacia el bote. Julian sabía que si subía a bordo sería lo mismo que estar muerto. Tenía que actuar en aquel instante. Antes de llegar al bote, echó a correr en busca de refugio.

No pudo ser. Un disparo atravesó la noche y fue a parar al hombro de Julian. Se giró y cayó sobre la arena húmeda. Luchó por controlar el dolor y seguir corriendo, pero al instante aparecieron dos musculosos contrabandistas que lo arrastraron por la playa antes de arrojarlo al bote.

Empujaron la embarcación al agua inmediatamente. Julian escuchó el golpe de los remos, sintió cómo se movía el bote. Entonces se intensificó el zumbido en sus oídos, amortiguando el mundo que había alrededor. Y luego ya no supo nada más.

Julian se despertó con el crujir y el gemido de los listones de madera, la suave bofetada de agua contra el casco y el sonido de los anillos de metal de las jarcias. Escuchó las velas agitándose al viento y sintió la cubierta subiendo y bajando. Trató de incorporarse, pero el insoponible dolor del hombro restringió sus valientes esfuerzos. Se le escapó un gemido entre los labios.

Una sombra se cernió sobre él.

—Así que estás despierto, ¿verdad?

Julian se quedó mirando en silencio la imponente figura.

—El Chacal dice que eres un espía. Lo averiguaremos muy pronto, cuando descarguemos en la playa cerca de Dumfries.

Julian tardó unos instantes en registrar en su cabeza el destino del barco.

—¡Dumfries! Eso está en Escocia. Yo creía que...

—Sí, ya se lo que creías. El Chacal cambió el punto de destino. Se enteró de que en Cornwall habría agentes esperándonos. Nos dirigiremos rumbo al fiordo de Solway, descargaremos la mercancía en la playa cuando veamos la señal y esperaremos a los carruajes que la transportarán a Londres y a Edimburgo.

El dolor provocaba que le resultara difícil concentrarse, pero Julian no veía ninguna lógica en que el marinero le contara aquellas cosas. A menos, por supuesto, que El Chacal no tuviera intención de dejar a Julian con vida.

Julian se revolvió en el estrecho camastro, conteniendo un gemido

cuando el dolor le irradió por todo el cuerpo en forma de oleadas de agonía. Se tocó el hombro con cautela, sorprendido al encontrar un rudimentario vendaje sobre la herida.

—Yo te lo hice —se jactó el marinero—. No soy médico, pero en mis tiempos remendé a muchos marineros.

—¿Por qué te has molestado? —preguntó Julian con voz cansada.

—El Chacal quiere mantenerte vivo para interrogarte. Siente curiosidad por ese hombre al que llaman El Escorpión. Y quiere asegurarse de que tú eres el agente que ha sido como una china en su zapato durante tanto tiempo. En cuanto te saque toda la información hará que te maten.

Tendría que congelarse el infierno antes de que él le proporcionara algo de valor a El Chacal, juró Julian.

—¿Cuánto falta para llegar al fiordo de Solway?

—Cuatro días. Tú llevas más tiempo inconsciente.

—Estoy sediento.

El marinero metió un cazo en un cubo de agua y se lo pasó a Julian, que se las arregló para beberse la mitad antes de que el esfuerzo le resultara insostenible y le devolviera el cazo al marinero.

—Te traeré algo de comer si sobra algo después de que todo el mundo haya comido —el marinero se dirigió hacia la puerta—. Y no creas que puedes escapar, porque no hay adónde ir. Allí fuera no hay más que millas y millas de agua.

Julian se quedó mirando la puerta cerrada durante tanto tiempo que esta comenzó a balancearse delante de sus ojos. Tenía cuatro días. Cuatro días para planear su fuga. Sopesó en silencio sus posibilidades de sobrevivir. Estaba herido, débil por la pérdida de sangre, febril, y no contaría con ayuda.

Era como si estuviera muerto.

Cuatro días más tarde Julian seguía débil, con fiebre y todavía no había ideado un plan para escapar. Hizo un esfuerzo por levantarse del mugriento camastro y acercarse al ojo de buey y miró hacia la oscuridad. El barco estaba anclado en el fiordo, a varios cientos de millas de la orilla. No veía lo que estaba ocurriendo en la cubierta, pero los ruidos que se escuchaban indicaban que estaban cargando la mercancía de contrabando en los botes que esperaban en el mar.

Julian regresó al camastro para guardar fuerzas de cara al calvario al que sabía que tendría que enfrentarse pronto. La espera resultó

larga y penosa, pero cuando se abrió la puerta de su prisión fue algo casi decepcionante.

Un marinero apareció en la puerta.

—¿Puedes andar?

—Lo suficiente —aseguró Julian muy serio mientras se incorporaba con rigidez y se arrastraba hacia delante.

El estrecho pasillo y la escalerilla que daba a la cubierta estaban prácticamente fuera de sus posibilidades, pero consiguió recorrerlas. El aire húmedo y frío lo abofeteó como una sacudida de adrenalina en el momento que más lo necesitaba.

Julian avanzó hacia la barandilla y sintió el cañón de una pistola presionándole en medio de la espalda.

—Quédate aquí hasta que estén listos para llevarte a la orilla —le advirtió el contrabandista.

Julian miró a su alrededor. Todo el mundo estaba haciendo una actividad u otra mientras se movían por la cubierta con resolución. “Es ahora o nunca”, pensó Julian preparándose para hacer un último esfuerzo en aras de escapar. Aceptar la muerte con resignación era algo que no iba con él. Tal vez muriera de todas formas en el intento, pero se había quedado sin tiempo. Y si no lo identificaban como El Escorpión, El Chacal no podría hacerle ningún daño a su familia.

Por un lado estaba Emma, su hermosa hermana, que había crecido demasiado rápido y ya era todo un elemento. Y Sinjun, que por fin había encontrado una mujer a la que amaba lo suficiente como para dejar atrás su decadente modo de vida. El hijo de Sinjun heredaría el título de conde, porque Julian no pensaba tener hijos. Tras la muerte de Diana, había jurado que no se casaría nunca. Ninguna otra mujer ni un hijo suyo morirían por su culpa.

Julian se acercó a la barandilla y fingió interesarse por la actividad que se estaba desarrollando abajo. Su guardián lo siguió, mirando para ver qué había captado la atención de Julian. Aspirando con fuerza el aire, Julian se agarró a la barandilla y saltó por encima de ella, lanzándose lo más lejos posible de los botes que había abajo. Cayó y cayó hasta ir a parar al oscuro y agitado mar.

Fue consciente entre sombras de que la barandilla estaba de pronto abarrotada de marineros. Los disparos rompieron el silencio de la noche; las balas atravesaban el mar que lo rodeaba, salpicándole el rostro de agua. Entonces una bala se clavó en él y el dolor hizo explosión en su cerebro. Se le durmieron los brazos, su cuerpo se hundió y el agua le cubrió la cabeza.

Capítulo 2

Litoral escocés

La colorida falda cingara agitada por la brisa marina se enredaba salvajemente alrededor de las largas y desnudas piernas de Lara. La joven estaba en un acantilado que daba al fiordo, observando el devenir de la marea. Cuánto iba a echar de menos la indómita tierra en la que había nacido cuando regresara a Londres a vivir con su padre.

Lara suspiró profundamente. Odiaba los bailes, las fiestas y las cenas acartonadas, pero su padre quería que pasara la temporada de baile en Londres. A los veinte años, ya tendría que haber vivido su primera temporada, pero hasta el momento había logrado resistirse. Su madre, que era cingara, la había criado en un campamento hasta los trece años. Lara no sabía siquiera que tenía padre. Su madre le reveló su nombre en el lecho de muerte, cuando falleció a causa de una enfermedad pulmonar. Para Lara había sido toda una conmoción enterarse de que su padre era un noble inglés que nunca supo de su existencia.

Nunca le importó no haber conocido a su padre. A Lara le encantaba vivir con los cingaros, y adoraba a su abuela Ramona y a su abuelo Pietro. Pero Serena, la madre de Lara, había insistido en que Ramona y Pietro llevaran a Lara con su padre cuando ella muriera. Había que decir a su favor que él la había recibido con los brazos abiertos.

Lo único que evitaba que Lara se sintiera desgraciada en su nueva vida era el carácter cariñoso y generoso de su padre. Le había permitido regresar todos los veranos al campamento cingaro para estar con sus abuelos. Pero Lara temía que aquel fuera a ser el último verano, y sentía como si una parte muy importante de su vida estuviera a punto de terminar.

Observó el latido del oleaje. La marea en retirada había dejado al descubierto una invitadora media luna de playa que llamaba a gritos a la indómita gitana que Lara llevaba dentro. Con la exuberancia de

una hija salvaje de la naturaleza, corrió hacia el estrecho sendero que daba a la playa con los ojos brillantes por el mero placer de ser joven y no tener preocupaciones ni ataduras durante unas cuantas semanas más.

Lara corrió por la playa con los pies descalzos, dejando pequeñas huellas sobre la arena mojada. Alzó el rostro hacia el cálido sol y se rió en voz alta de pura felicidad por estar viva en aquel día tan maravilloso.

—¡Lara! Ramona te está buscando. Es hora de ponerse en marcha.

Lara miró hacia atrás y sonrió a Rondo, su compañero de juegos de la infancia, convertido ahora en un atractivo hombre de veintitrés años que la miraba desde el acantilado que había encima.

—¿Tenemos que marcharnos? —protestó Lara—. Esto es tan bonito...

—Pietro quiere llegar a Lockerbie a tiempo para la gran feria. Nuestros caballos se venderán bien ahí.

Lara asintió y se giró para mirar por última vez la playa y el mar, embebiéndose hasta los poros de la indómita belleza de la arena, el agua y los gigantescos acantilados. Su inquisitiva mirada se posó sobre un bulto hecho de harapos que había dejado la marea. Le picó la curiosidad y se acercó.

—Lara, ¿dónde vas?

—Hay algo en la playa.

Rondo parecía impaciente.

—Déjalo. Probablemente no sea nada importante.

Pero *era* algo. Lara podía sentirlo en los huesos, escuchaba cómo el destino la llamaba. Se dejó caer de rodillas al lado del bulto y estiró la mano para tocar con indecisión algo que le pareció más sólido que unos harapos. Dio con carne y huesos y soltó un gemido de asombro.

¡Era un cuerpo humano!

Giró el cuerpo. Se trataba de un hombre, un hombre al borde de la muerte. Le encontró el pulso. Estaba muy debilitado. Tenía el rostro pálido y los labios morados y sin circulación.

—¡Ven de prisa, Rondo! ¡Es un hombre!

Rondo descendió rápidamente por el sendero.

—¿Está vivo?

—Creo que sí.

El joven la apartó a un lado.

—Déjame echarle un vistazo.

Por alguna razón inexplicable, Lara se mostró reacia a apartarse del hombre. Algo en su interior le decía que la necesitaba. Observó con la respiración agitada cómo Rondo le buscaba el pulso y colocaba la oreja sobre su pecho inmóvil...

—Sí, está vivo. Aunque por muy poco.

—Haz algo. No podemos dejarlo morir.

—No veo por qué no. Seguramente viene de alguno de esos barcos de contrabandistas que operan en estas aguas. Va vestido como un campesino, o como un marinero común.

—No seas tan duro de corazón, Rondo. Sácale el agua de los pulmones.

Gruñendo, Rondo puso al hombre boca arriba, se colocó a horcajadas sobre él y comenzó a bombearle el pecho.

—No sirve de nada —aseguró.

—Sigue bombeando —le urgió Lara. Por alguna misteriosa razón, le parecía importante mantener a aquel hombre con vida.

Rondo renovó sus esfuerzos, que fueron recompensados cuando el agua salió a borbotones de los pulmones del hombre. Tuvo arcadas y tosió, pero sus ojos seguían cerrados y su respiración, entrecortada.

La voz de Lara estaba teñida de preocupación.

—Vamos a llevarlo con Ramona. Ella sabrá qué hacer.

—No se por qué es tan importante cargar acantilado arriba con un hombre que probablemente no vivirá hasta mañana —protestó Rondo—. No es de los nuestros.

—Rondo, por favor. Es un ser humano.

—Ya sabes que a ti no puedo negarte nada —dijo Rondo mientras se cargaba el moribundo al hombro.

—¡Está sangrando! —gritó Lara cuando vio cómo le caía la sangre por la mano sin vida hasta la arena húmeda—. ¡Date prisa!

Lara se dirigió hacia el sendero, mirando con frecuencia hacia atrás para asegurarse de que Rondo la seguía. Cuando llegaron a la cima le pidió a Rondo que introdujera al hombre herido en su carromato.

—Eso no está bien —protestó Rondo—. Eres una joven soltera.

—Haz lo que te digo, Rondo. Voy a buscar a Ramona.

Pietro interceptó a Lara antes de que ella llegara al carromato pintado de alegres colores que compartían sus abuelos.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—He encontrado a un hombre herido en la playa, abuelo. Rondo lo ha llevado a mi carromato. Necesito que la abuela le cure las heridas.

—¿Qué clase de heridas son?

—No lo se. Tiene sangre, pero no se de dónde sale. Por favor, ve a buscar a la abuela. Dile que traiga sus instrumentos de curar y las hierbas.

Pietro debió presentir la urgencia de su nieta, porque se apresuró a hacer lo que le pedía mientras Lara regresaba corriendo a su carromato.

—¿Cómo está? —preguntó nada más entrar.

Rondo había terminado su somera inspección del hombre inconsciente.

—Está gravemente herido. Probablemente le hayan disparado más de una vez. Alguien quería verlo muerto a toda costa. Este hombre nos traerá problemas, Lara. Sería mejor que lo dejáramos morir.

—¿Qué decís de morir?

Ramona entró en el carromato y apartó a Rondo a un lado para ver al hombre que estaba tendido sobre la cama de su nieta. Tenía el rostro moreno surcado de arrugas y el cabello cubierto de mechones grises, y sin embargo parecía no tener edad. Su amplia figura estaba envuelta en ropa tan colorida y llamativa como la de su nieta.

—¿Quién es?

—No lo sabemos —dijo Rondo—. Pero míralo. La ropa tosca y las botas gastadas son típicas de un campesino.

—¿Puedes salvarle, abuela? —preguntó Lara ansiosa.

Los ojos oscuros de Ramona reflejaron una sabiduría ancestral cuando miró más allá de Lara, hacia algo que sólo ella podía ver.

—No es de los nuestros —constató con sequedad.

—Yo tampoco, al menos no totalmente —le recordó Lara.

Ramona frunció el ceño y observó con intensidad a su nieta antes de volver a clavar la mirada en el herido.

—Haré lo que pueda. Rondo puede quedarse para ayudarme a quitarle la ropa, pero tú debes marcharte. Sigues siendo doncella.

Lara quiso objetar, pero sabía que Ramona llevaba las de ganar en aquella ocasión, así que salió del carromato sin discutir. Fuera se reunió con Pietro. Las grisáceas cejas de su abuelo estaban fruncidas debido a la preocupación.

—¿Quién es él?

—No lo sabemos, abuelo, pero está prácticamente muerto.

Pietro pareció súbitamente alarmado.

—Esto no está bien, Lara. Tengo miedo de que ese hombre traiga problemas a nuestra gente. ¿Y si sus enemigos vienen a buscarlo?

—No lo sé —dijo Lara mirándose los pies sucios—. No he pensado en ello. Rondo cree que morirá, así que ese problema seguramente nunca surja.

Pietro abrió los brazos y su nieta se refugió en ellos.

—¿Por qué es tan importante este hombre para ti, pequeña?

Lara no tenía respuesta. Se mordió el labio inferior para evitar que le temblara y sacudió la cabeza, provocando que su melena de rizos oscuros le cayera en cascada sobre los hombros.

—Ah, pequeña, eres tan hermosa, tan inocente, y al mismo tiempo estás tan llena de vida —Pietro le apartó un mechón caprichoso de la frente—. Eres orgullosa y salvaje, igual que tu madre. Y también apasionada e impetuosa. A veces temo por lo que pueda ocurrirte. Espero que tu padre te encuentre un compañero digno de ti.

—Tal vez no me case nunca, abuelo —aventuró Lara—. No me casaré sin amor.

—Estoy seguro de que encontrarás un hombre al que amar, pequeña.

Lara miró hacia el carromato.

—¿Por qué crees que tardan tanto?

—Si alguien puede curar a ese hombre herido, esa es tu abuela. Debes tener paciencia.

Paciencia, pensó Lara, era algo que ella no poseía a raudales. Entonces se abrió de pronto la puerta y Rondo salió tambaleándose. Estaba blanco como la cera y parecía a punto de vaciar el contenido de su estómago.

—¡Rondo! ¿Qué ocurre?

—Ramona está sacándole ahora la bala de la espalda, y la que le ha quitado del hombro ha provocado una infección. No es una visión agradable.

—¿Balas? ¿Más de una? —preguntó Lara.

—Dos. Le dispararon una vez en el hombro y luego en la espalda. La infección es grave y puede matarle a pesar de las habilidades sanadoras de Ramona.

—Voy a entrar —aseguró Lara dirigiéndose con resolución hacia el carromato.

—El hombre está desnudo, Lara —dijo Rondo agarrándola del brazo. La joven se zafó de él.

—Alguien tiene que ayudar a Ramona. Y está claro que tú no tienes estómago para hacerlo.

Rondo intentó volver a agarrarla, pero Pietro se lo impidió.

—Déjala entrar —le aconsejó el anciano—. Nadie puede detenerla cuando se le mete algo en la cabeza. ¿No lo sabes todavía?

Lara abrió la puerta y entró en el carromato. Dirigió la vista hacia la cama, donde Ramona estaba inclinada sobre el cuerpo inerte del hombre que ella había encontrado en la playa.

—Pásame el bote de desinfectante —dijo su abuela con voz cortante—. Si has venido ayudar, ayuda.

Lara encontró el desinfectante en la mesilla de noche y se lo pasó a Ramona.

—¿Cómo está?

—Todavía vive.

A Lara se le fueron los ojos hacia la cama, hacia el hombre que estaba tendido sobre la colcha. Estaba desnudo a excepción de un paño que le cubría la entrepierna. Lara no podía apartar la vista de él. Aquel hombre no era un campesino ni un marinero común.

Tampoco se trataba de un escocés. No tenía aspecto de uno de ellos. Bajo la barba se asomaba un bello rostro patricio, y su cuerpo esbelto y alto era demasiado elegante para pertenecer a un campesino. Parecía ser un hombre que se mantenía en forma.

Tenía el pecho ancho, y los bíceps definidos de forma prominente. Lara ignoraba qué habría debajo del paño que le cubría la entrepierna, pero debía ser tan impresionante como el resto de su cuerpo. Y sin embargo, su mirada volvía una y otra vez hacia su rostro. Los labios del hombre la intrigaban. Eran carnosos y sensuales, e invitaban a toda clase de pensamientos maliciosos. Tenía las pestañas extraordinariamente largas para ser un hombre, y las cejas elegantemente curvadas y tan oscuras como el cabello. La recta barbilla resultaba absolutamente masculina. Lara trató de discernir el color de sus ojos, pero enseguida desistió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó volviendo a mirar a Ramona.

—Estoy curándole la infección. Poco más puedo hacer. La bala de la espalda estaba difícil, se alojó peligrosamente cerca de los pulmones. Pásame la aguja y el hilo. Voy a coserle. Luego esperaremos y dejaremos en manos de lo que haya más allá la decisión de que viva o muera.

—Yo me sentaré con él, abuela —dijo Lara acercando una silla a la cama.

Ramona terminó de coser al hombre herido y luego le puso una manta por encima. Escudriñó el rostro de su nieta y luego asintió para dar su consentimiento.

—Volveré pronto.

—Abuela —le imploró Lara—, dile al abuelo que no debemos partir hacia la feria de Lockerbie hasta que nuestro paciente pueda viajar. Los caminos son malos. El traqueteo del carromato podría matarlo.

—Lo hablaré con Pietro —dijo Ramona mientras salía por la puerta.

Lara se sentó al lado del herido a la espera de que abriera los ojos. Le quemaban en la lengua las muchas preguntas que quería hacerle. Deseaba saber muchas cosas. Su nombre. De dónde venía. Quién buscaba verlo muerto. Una pequeña voz interior le susurró que había mucho más en aquel hombre que lo que saltaba a simple vista. Sabía que Ramona también lo había percibido, porque ella parecía conocer cosas que nadie más sabía. Ramona podía leer la palma de la mano de una persona y predecir su destino, no como otras cingaras que sólo fingían tener aquel don que su abuela sí poseía.

Lara no fue consciente del paso del tiempo hasta que Ramona volvió unas horas más tarde al carromato.

—¿Cómo está?

—Todo sigue igual.

Ramona le tocó la frente.

—La fiebre le subirá pronto. He enviado a Rondo a buscar agua fresca al mar. Ve a comer con los demás, yo me quedaré con él.

Lara no quería marcharse, pero obedeció a su abuela de mala gana. Al llegar a la puerta se detuvo.

—¿Has hablado con el abuelo respecto a lo de quedarnos aquí unos días más?

—Sí. Está de acuerdo con que nos quedemos un día o dos, hasta que el hombre muera o muestre señales de mejoría.

La voz de Lara encerraba una nota de ansiedad.

—No dejarás que se muera, ¿verdad, abuela?

—Eso está en manos de Dios —respondió Ramona observando fijamente el rostro del herido—. Ahora vete. Tal vez puedas meterle prisa a Rondo con el agua fría.

Ramona siguió mirándole largo tiempo después de que su nieta se hubiera marchado. ¿Por qué se sentía Lara tan atraída hacia él? Ella percibía su espíritu atormentado y sentía el mal rodeándole. No sabía si ese mal procedía de él o de aquellos que querían hacerle daño. Tampoco sabía cómo podía afectar aquello a Lara. Sólo estaba segura de que el destino estaba en marcha.

Ramona deslizó la mirada hacia la mano de él. La tenía inmóvil sobre la manta, abierta y vulnerable. Haciendo caso omiso del cosquilleo de todas sus terminaciones nerviosas, que le advertía que no tentara al destino, colocó la palma de su mano entre las suyas. Le deslizó uno de sus sensibles dedos por las líneas, deteniéndose mientras exploraba la suave yema de su dedo pulgar y las profundas hendiduras que le cruzaban la palma. De pronto dejó escapar un grito y le soltó la mano como si le hubiera quemado.

Cerrando los ojos, Ramona murmuró un conjuro. Su incursión en su destino había revelado un hombre atormentado cortejado por el peligro. Había en juego fuerzas muy poderosas trabajando. Ramona supo instintivamente que los enemigos de aquel hombre suponían una amenaza para su amada nieta. Y ella no podía hacer nada para evitarlo.

En algún lugar de las turbulentas profundidades de su cerebro, Julian percibió otra presencia, pero no presintió ningún peligro. Fue consciente del dolor insoportable que sufría, del calor, y luego volvió a sumergirse en aquel sublime estado en el que no oía ni sentía nada.

—Ha llegado Rondo con el agua, abuela —dijo Lara sujetando la puerta para que entrara el joven.

—Que la deje en el suelo. Luego salid los dos de aquí —ordenó Ramona.

—Deja que te ayude —le suplicó Lara.

—No —intervino Rondo—. Este no es tu sitio. Enviaré a una de las mujeres casadas para que ayude a Ramona en caso de que lo necesite.

—No necesito a nadie —aseguró Ramona—. Marchaos los dos.

Lara se retiró y Rondo hizo lo mismo detrás de ella.

—Te sientes atraída por él —le acusó el joven

—Necesita desesperadamente mi ayuda —con un movimiento de su rizada melena, Lara se alejó para reunirse con sus amigas.

Los cíngaros estaban sentados alrededor del fuego del campamento cenando e intercambiando chismes cuando Ramona se reunió con ellos.